

V. Blasco Ibáñez  
La impiedad del siglo XVIII fue esencialmente aristocrática  
(*El Imparcial* [México], 29-12-1908)

Cuentan que el barbero de Diderot, locuaz y enemigo del silencio, como todos los barberos, un día que afeitaba al célebre filósofo, exclamó con cierto orgullo, para agradar a su cliente:

—Yo, aunque solo tengo el título de simple sangrador, tampoco creo en ninguna religión.

Y el autor de *La religiosa*, en vez de aceptar estas palabras como adulación indirecta a sus doctrinas, se encolerizó contra el rapabarbas.

¿Con qué derecho se atrevía a ser impío? ¿Por qué osaba apropiarse títulos e ideas pertenecientes a una minoría superior?... Para el ilustre enciclopedista la impiedad era aristocrática. El temor a Dios y los dogmas religiosos se habían inventado para la gran masa humana. Solo hombres como él, Voltaire, D'Alambert y demás compañeros redactores de la *Enciclopedia*, podían permitirse el lujo de no creer en nada y dudar de todo. «El zapatero a sus zapatos» y los barberos a su rasura.

—No: usted no tiene derecho a ser ateo —debió decir el filósofo—. Siga usted afeitando y creyendo en lo que le enseñaron, y deje para otros lo que no entiende.

La impiedad del siglo XVIII, la más demoledora y temible de las impiedades, fue esencialmente aristocrática. Los impíos escribían para lectores de peluca empolvada, vestidos con brillantes sedas como colibríes multicolores. Las lecciones de irreligión no se daban en la plaza pública, ni en el misterio de las logias revolucionarias, sino en los blancos y dorados salones de Versalles, o en las florestas del Trianon, donde al compás de los violines, intérpretes de la música de Rousseau, danzaban pastorcitas idílicas y aristocráticas, con un lazo de seda en torno del cuello nacarado, que había de seccionar años adelante el cuchillo de la guillotina.

\*\*\*

La impiedad era elegante; algo así como una moda intelectual que seguían todos a ciegas, sin adivinar adónde podía conducirles. En los salones hablaban las damas, sonriendo detrás de sus abanicos de concha, del último tomo del *Diccionario filosófico*, de Voltaire, como hoy se habla de la novela recientemente aparecida. Los grandes señores se reían en sus cenas, con las bailarinas de la Ópera, de las extravagancias de los patriarcas bíblicos, de las grandes inverosimilitudes de la historia del pueblo judío, de todo lo que fue motivo de sacro respeto en tiempos de sus abuelos.

Pero esta impiedad elegante y refinadísima solo se manifestaba en la intimidad de lo que pudiéramos llamar «círculos de clase». Fuera de las nobles reuniones, los privilegiados hablaban al pueblo de los beneficios de la piedad, y admiraban la religión como un freno que mantenía a los de abajo en su actitud humilde.

Fue precisa la explosión revolucionaria para que la impiedad pasase de aristocrática a popular.

Las masas de la Revolución, al destronar a los reyes, atacaron también las disciplinas religiosas. El pueblo se hizo impío al conquistar el poder, y las clases aristocráticas, postergadas y perseguidas, volvieron otra vez sus ojos a las creencias del pasado, aceptándolas como enseña de combate aunque no creían en ellas. La fe religiosa es como la virginidad femenil: una vez destruida, no puede rehacerse. Fue precisa la voz iracunda de un De Maistre y la evocación poética de un Chateaubriand, para reconstituir una especie de cristianismo nuevo, en el que fingieron creer por necesidad de clase todos los grandes señores que antes habían sido discípulos de Voltaire, Rousseau y Diderot. Hoy, la impiedad es democrática y está al alcance de todos. El barbero de Diderot puede ahora decir, en uso de su derecho de ciudadano, que «aunque simple sangrador, no creo en Dios». Las clases superiores, aleccionadas por la cruel experiencia de la Revolución, no se permiten ya elegantes *sports* intelectuales, jugando a derribar con el pelotazo de la carcajada incrédula las imponentes figuras del pasado. Arriba, los que no creen, fingen creer por espíritu de clase. «Cada cual en su sitio, y nada de juegos peligrosos.» Hay que mantener a los de abajo en sus creencias. Un pueblo sin fe en Dios, que lo ha dispuesto todo sabiamente, y sin esperanza en una recompensa celestial después de la muerte, acaba creyendo que le asiste derecho para gobernarse por sí mismo sin necesidad de tutores, y que le corresponde una parte de los bienes terrenos acaparados por las gentes de bien que tienen que perder.

\*\*\*

Pero a pesar de la fe religiosa que anima a las clases privilegiadas, luego de la tragedia de la Revolución, la impiedad sigue siendo aristocrática, con la más alta y restringida de las aristocracias: la de los reyes.

Los grandes incrédulos de nuestra época, con una irreligiosidad ligera y burlona de gentes alegres que sonrían «por estar en el secreto», son las personas de sangre real.

Los de abajo, que atacan con sus críticas los dogmas religiosos, son rudos soldados que marchan de frente, combatiendo cara a cara, ajustando exactamente sus palabras y sus actos. No creen y lo dicen a gritos: dudan y se niegan a fingir una fe que no sienten. Nada ganan con esto en la sociedad

actual; antes bien, complican su existencia con toda clase de disgustos y se atraen sordas persecuciones. En cambio, los de arriba, los que ocupan la más alta cumbre, los reyes, pastores de pueblos, guardan como un privilegio de clase la más fría de las incredulidades, el desprecio a las religiones que no aparecen ante sus ojos más que como simples negocios de Estado.

¡Famosas comedias las que ofrece la época presente, confuso periodo de transición en el que se agitan pueblos e instituciones, entre el pasado y el porvenir! Reinan los monarcas, por la gracia de Dios... y «de la Constitución», lo que representa algo tan incongruente como si subiesen al trono cubiertos con una armadura medioeval y un sombrero de copa; juran, al ocupar su solio, respeto eterno a la religión de su país, que es siempre sin disputa la única cierta y superior a todas las otras: están prontos a disparar sus cañones y hacer avanzar sus masas de bayonetas contra el pueblo, cuando este protesta públicamente de las intrusiones de los sacerdotes en su conciencia; viven con las potencias celestiales en una intimidad casi de familia; cuando vencen en la guerra, cantan el «Te Deum» al Dios de las batallas, porque les ha permitido despanzurrar unos cuantos miles de repugnantes enemigos que estaban de más en el mundo; cuando salen huyendo, con las manos en la cabeza, hacen rogativas al Señor para que no permanezca vuelto de espaldas y sonría a sus adoradores. Los reyes en sus relaciones con la religión no permiten duda ni olvido, ni toleran a los súbditos el menor alarde de impiedad.

Pero que surja lo que ellos llaman «razón de Estado», que convenga a sus intereses particulares una apostasía religiosa, y al momento arrojan a un lado la fe y la piedad, como cargas pesadas que embarazan sus movimientos.

\*\*\*

«París bien vale una misa», dijo el protestante Enrique IV, haciéndose católico para ocupar el trono de Francia. Y aquel gran escéptico con corona cuenta como discípulos a todos los monarcas actuales. Unos aceptan la misa para ser reyes, y otros dejan de oírla para conquistar un trono.

El ejemplo más notable en los presentes tiempos, de esta alta impiedad, es Fernando de Bulgaria, que acaba de ascender por sus propios y hábiles manejos de príncipe tributario de Turquía a zar independiente de los búlgaros.

Cuando simple teniente del ejército austriaco, el príncipe Fernando de Coburgo Orleans fue llamado a ocupar el trono de Bulgaria, estaba casado con una princesa de Parma, ferviente católica, de la familia de los Borbones. Un hijo suyo, el actual príncipe heredero Boris, había sido bautizado con todos los demás sacramentos de los jóvenes católicos. Fernando necesitaba el apoyo de Rusia para hacer carrera como soberano de

Bulgaria, y queriendo halagar a los rusos, desbautizó a su heredero con la mayor tranquilidad y le hizo abrazar la religión cismática. La madre, pobre señora creyente, lloró de rodillas para salvar el alma de su hijo.

—¡Que me muero si haces eso! ¡Que no quiero vivir si mi hijo es hereje!

—¡Muérete! —contestó el príncipe— La corona antes que todo.

Y la princesa murió al ver a su hijo hecho un hereje; y el príncipe aprovechó su viudez para casarse con otra princesa, algo dura, pobre y fea, pero próxima pariente al emperador de Austria, conquistando con esto un nuevo arrimo.

\*\*\*

Ahora, según dicen, el nuevo zar de los búlgaros que encuentra su principal apoyo en el emperador Francisco José, desea halagar a este monarca católico, bautizando de nuevo a su hijo, y haciéndole renegar de la ortodoxia griega en favor del cristianismo romano.

Hay que temblar por el pobre Boris, futuro zar de Bulgaria. Si su padre ve la posibilidad de apoderarse de un nuevo pedazo de Turquía, halagando al sultán, de seguro que lo hace convertirse al mahometismo, y lo circuncida, sin reparar en lo dolorosa que resulta esta operación a cierta edad.

Y Fernando de Bulgaria no es ningún soberano oriental, ni un príncipe improvisado, sino un retoño del árbol de la tradición, en cuyas leñosas ramas cantan fatigados y con las plumas caídas los pájaros de la fe antigua: un nieto de Luis Felipe, un pariente próximo del pretendiente de Francia, del rey de España y de casi todos los monarcas de Europa.

¡Lo que hacen los hombres de sangre real por conservar una corona! ¡Las farsas y engaños a que se prestan, y la amable ligereza con que tratan de pronto las creencias sagradas que fingían respetar!...

José Bonaparte, antes de que su hermano pudiera hacerle rey de España, era un jacobino pacífico y sesudo, un entusiasta de la primera República que entronizó la diosa Razón, un lector de la *Enciclopedia* y de los filósofos del siglo XVIII.

Al llegar a España como rey, trajo un programa completísimo de gobierno, inspirado en el deseo de agradar a sus súbditos. «Muchas misas y corridas de toros obligatorias.»

Cuando los españoles, por odio a su persona, se negaban a ir a la plaza, una manga de granaderos empujaba al público con las bayonetas, para que asistiese a la función. El día que José hizo su entrada solemne a Madrid, los cortesanos le rodearon en palacio. ¡Su Majestad venía cansado del viaje! ¡Qué deseaba Su Majestad?... José creyó haber encontrado una magnífica

ocasión para halagar a aquellos buenos católicos. Nada de descanso ni de refrescos. Él sentía una necesidad más urgente.

—Que me digan una misa —exclamó con la piadosa unción de un creyente rancio.

¡Y eran las cuatro de la tarde!